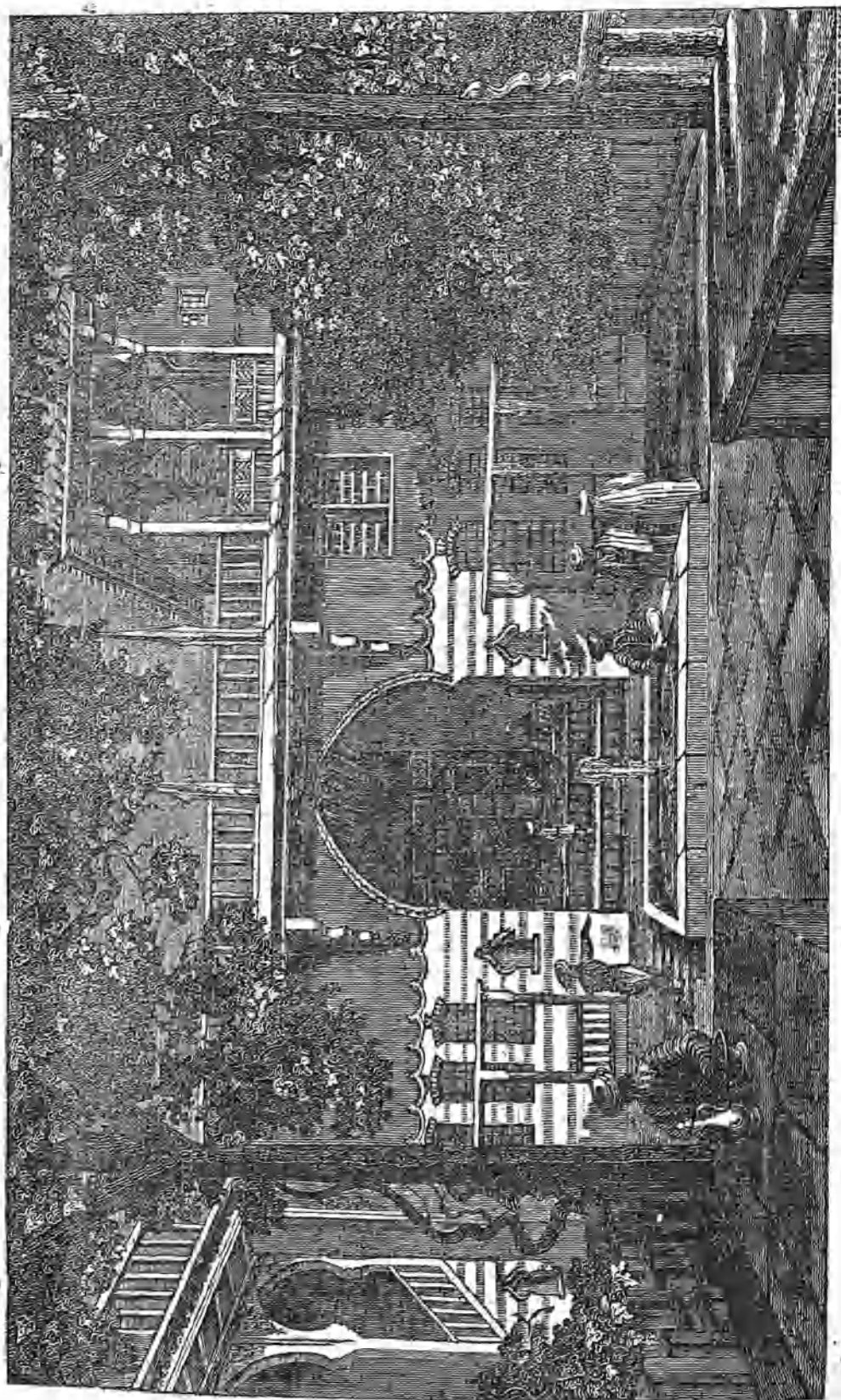


COSTUMBRES TURCAS.

Interior de una casa en Marrakech.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS.

Interior de una casa en Damasco.



o es fácil formarse una idea exacta de las costumbres de un pueblo, que, aunque visitado continuamente no nos es apenas conocido; cuyo idioma han desdeñado los orgullosos sabios como el lenguaje de una nación bárbara; y sobre la cual por consecuencia poseemos muy pocos datos infalibles. Unos han alabado en extremo á los turcos; otros no han querido ver en ellos mas que unos hombres crueles, fanáticos é ignorantes que han llevado el hierro y el fuego á la hermosa patria de los Pericles y de los Demóstenes.

Seguramente que cuando huyen con la sangre derramada en los heroicos esfuerzos de la nueva Grecia, cuando tantas lágrimas se vierten aun en memoria de los héroes que perecieron en aquella lucha; y cuando pueden oírse los cánticos lastimeros de los *Miriolagos* con que las mujeres marraitas navazan su viudez, no es el momento mas á propósito para disculpar á los otomanos.

Pero sería injusto considerar á estos bajo el mismo punto de vista que á los pueblos europeos. No son una verdadera nación, sino mas bien un ejército que viraquea sobre el campo de batalla. Ellos gobiernan los países sometidos como una tierra conquistada, y los tributos que imponen á los súbditos no son á sus ojos mas que un rescate (los llaman *rescate de las cabezas*). En los griegos, armenios y judios no ven mas que unos pueblos subyugados. Y ¿qué interés pueden inspirarlos unas hombres á quienes no conocen sino bajo el nombre de *perros*? Sobervios para con los extranjeros, no depositan su exterior orgulloso sino con aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entonces la hospitalidad franca y generosa que los conceden recuerda las de los antiguos patriarcas. Su caridad hacia los pobres no tiene límites, y está bastante bien demostrada por los numerosos establecimientos que llevan el nombre de *Karavanserais*. Cada señor emplea una parte de sus rentas en edificar hospicios, dotarlos, ó al menos construir á las inmediaciones de un caudal árido fuentes sombreadas por frondosas arboledas. Con la admirable hospitalidad de los tiempos primitivos han conservado asimismo la mayor piedad: nunca sucede que un musulman emprenda un asunto importante sin haber antes dirigido al cielo su plegaria; lleno así de confianza en la bondad de Dios espera los sucesos con una santa resignación, y cuando la desgracia llega á atacarle, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente entre el polvo, y se consuela al pensar que Allah lo ha querido así.

En cuanto á su destreza en la guerra sus títulos son bastante gloriosos: basta citar los hechos de los Mahometos, de los Solimanes, y de aquellos guerreros á los cuales no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de Paleólogo, ni el brillante valor de los caballeros de Rodas, ni la audacia de los valientes italianos que coman-

daba Minotti. Si los turcos modernos distan en este particular de sus antepasados, no es porque carezcan de esfuerzo, sino porque en el día en que la sangre fría y el cálculo han reemplazado al ardiente valor de los antiguos, y deciden la suerte en los combates, los ejércitos otomanos mal disciplinados, sin táctica, y con una artillería débil y mal organizada no pueden luchar con las naciones europeas, que si los vencen es solo por estas ventajas.

Su gobierno en tiempo de paz es aun mas ruinoso. Un déspota débil ha gozado hasta aquí de un poder ilimitado para hacer mal; la venalidad escandalosa de los cargos públicos al que dá mas por ellos; ministros rapaces; sacerdotes ignorantes y fanáticos que no tienen otra pasión que el espíritu de cuerpo; tales son las plagas que minaban poco á poco el imperio otomano. Verdad es que sus últimos soberanos han ensayado inútiles innovaciones; pero algunos han pagado con su cabeza esta temeridad, y solo por medio de un horroroso deguello fue como Mahamud pudo deshacerse del cuerpo de genizaros dispuesto siempre á sublevarse. Después introdujo tambien otros cambios en las costumbres de sus súbditos, procurando modificarlas á la europea, y por último su hijo y sucesor Abdul Medjid acaba de dar un gigantesco paso, concediendo á su pueblo una carta ó declaración de derechos equivalentes á los que disfrutaban las naciones europeas. En este momento, pues, en que se verifica tan notable transformación, es cuando parece mas útil el estudio de un pueblo cuya originalidad está á punto de desaparecer.

Fuera del tiempo de guerra, el turco parece olvidar en la tranquilidad de su retiro las penas de esta larga peregrinación que llaman vida. Para él la existencia es un sueño dichoso que debe terminar en el sepulcro, un banquete cuyas delicias es preciso apresurarse á saborear. Grave, silencioso, indiferente á todos los pequeños intereses de la tierra, pasa la vida dulcemente estendido sobre los cojines de su sofá en medio de las odoríficas nubes de su brasero de perfumes ó de su pipa de ambar. Saborean el rico de Moka, y el opio le transporta en sueños al paraíso de Mahoma donde brillan las huris de los ojos negros; ó bien para disipar su fastidio sus mujeres forman en torno suyo coros de danza acompañados de canciones voluptuosas y de la dulce armonía del laúd. Terminada la comida hace las abluciones de estilo; dirige al cielo su plegaria cuando la voz del *muezzin* se deja oír desde lo alto de los minaretes y se duerme en medio de los ensueños de amor y en los brazos de su bella esclava circasiana.

Las mujeres, aunque custodiadas con cuidado, sin embargo no están absolutamente privadas de la libertad como lo aseguran algunos viajeros. En primer lugar se procuran una especie de independencia con la posesión de su dote que las pertenece en propiedad: el uso de la poligamia es tambien muy poco comun, sin embargo de que el Alcoran permite casarse con cuatro mujeres. Además que ellas saben muy bien vengarse de un marido infiel, gracias á ciertas mujeres judias ó jitanas que tienen libre entrada en los harems. Por medio de ciertas flores colocadas de un modo convencional pueden sostener una correspondencia amorosa, y se citan afortunados aventureros introducidos en el terrible recinto á pesar de los penetrantes ojos de los eunucos. Los cementerios turcos plantados de plátanos y cipreses son célebres sobre todo para esta clase de citas.

Las casas á pesar de su poca apariencia recomendada por los peligros que rodean al que hace alarde de sus riquezas, están por lo general magníficamente decoradas en lo interior. Hermosos patios rodeados de galerías

y adornados de fuentes; vastas habitaciones cubiertas con ricos tapices de Persia y artesonadas de maderas preciosas, suelos adornados de arabescos de oro y azul y de pinturas de flores; una sala de baños de cuyo centro se eleva un surtidor de agua que cae con dulce murmullo en estanques de mármol; ventanas que en aquel hermoso clima dejan un libre acceso al aire y á las aves, balcones adornados de tiestos de rosas y jazmines; vastos jardines adornados de alegres kioscos y bosquecillos, en que la lila, el laurel, el tulipán y los naranjos mezclan sus hermosos colores, y el café se recrea en una atmósfera de perfumes; en el sitio más retirado el solitario *harem*; tal es la bella mansión donde el musulmán, y sobre todo el habitante de Damasco espera el día en que se cumplan en él las promesas del Corán.

ECONOMÍA INDUSTRIAL.

VENTAJAS QUE RESULTAN DEL EMPLEO Y USO DE LAS MÁQUINAS.

Si se consideran las ventajas que resultan del empleo y uso de las máquinas económicamente, es decir, respecto á la mano de obra, la cuestión está resuelta de suyo favorablemente. Figurémonos la operación de moler el trigo con un molino movido por el agua, y con un molino de mano, según lo ejecutaban los antiguos. Cualquiera molino de agua puede moler al día sesenta fanegas de trigo próximamente, operación que para hacerse á brazo en un solo día necesita ciento cincuenta hombres lo menos. Ahora bien, la caída de agua puede costar cincuenta reales al día, y la mano de obra de aquellos hombres setecientos cincuenta, poniendo el jornal á cinco reales, que en muchos parajes habría que pagarlo á seis y aun á más. La invención de los molinos de agua, como existen generalmente, procura pues un ahorro ó economía de setecientos reales en cada sesenta fanegas de trigo reducido á harina, cantidad considerable respecto al valor del trigo. El precio del pan en consecuencia puede hoy día ser comparativamente más barato que en los tiempos antiguos.

Por consiguiente la ventaja de servirse de máquinas respecto á la economía es indisputable, y justamente es este el lado por donde se les ataca. Se dirá: es verdad que el trigo y el pan pueden comprarse más baratos, pero también es verdad que se quita el pan y el trabajo á los jornaleros; el agua ofrece una economía considerable respecto á moler el trigo, pero en perjuicio de los molenderos á brazo, cuyo trabajo se suprime. He aquí los inconvenientes que se achacan á las máquinas, y que por estar acreditados en el vulgo nos parece muy del caso disipar.

Desde luego puede observarse que los artesanos á quienes reemplaza una máquina, quedan dueños de su tiempo y de su trabajo, y que por lo tanto pueden dedicarse y ocuparse, como realmente se ocupan, en crear nuevos productos. El consumidor, que se ahorra setecientos reales en la compra de harina, tiene siempre la misma renta anual, la misma suma de que disponer y que gastar, ó en sus comodidades, ó en consumos productivos que necesitan otra clase de trabajo, otra mano de obra en que se emplean los brazos sobrantes. Además, que estos mismos infelices, aunque esten algún tiempo sin trabajo se ahorran en mantenerse una tercera parte de lo que gastaban antes de haber máquinas, porque estas abaratan los productos. Por otro lado la producción y el consumo abunda más; las personas que trabajan y aun las ociosas se encuentran mejor provistas, y son más ricas; si disminuyen los molenderos á mano, se aumentan en cambio los negociantes y los artesanos de otra industria; y por cada producto que necesita pocos brazos, hay ciento que necesitan en gran número.

Hay que añadir que las máquinas multiplican los productos intelectuales. Si nouviésemos más que el azadón para cavar la tierra, acaso sería preciso para mantener toda la población del país apelar á cuantos brazos se ocupan en las artes, en los oficios, en las ciencias, etc. etc. La invención pues del arado nos proporciona las artes, y permite destinar los bueyes y las mulas á las labores agrícolas, y los hombres á cultivar su talento.

No hay duda que ciertos productos tienen sus límites marcados, y que por ejemplo no se necesitan en un país un número de sombreros mayor que el de las cabezas en que hay que ponerlos. Pero no se olvide que la producción en general aumenta el bienestar, y este contribuye poderosamente á acrecer la población, ya facilitando los matrimonios, ya prolongando el término medio de la vida: para convencerse de esta verdad no había más que comparar los datos estadísticos y el movimiento de población en todas las naciones antiguas y modernas.

Pero aun dado caso que no se aumentase la población, había más consumo en razón de que se comprarian productos nuevos con el sobrante que economizaban las máquinas; por consiguiente se aumentaría el bienestar. La palabra baratura es sinónima de abundancia, y cierto no sería gran mal que todos tuviesen un poco de todo. Llegará día en que la industria y la producción ayudadas mutuamente, aumentarán en gran manera la fortuna de las clases medias, y estas tendrán cierta opulencia en sus casas, en términos que todo el mundo gozará mayor número de comodidades.

Es seguro que la invención de las máquinas lleva consigo ciertos disgustos y males pasajeros, momentáneos.

Quando un producto excede las necesidades con gran desproporción, es preciso saber dedicarse á otra industria, y los trabajadores no tienen ciencia infusa ni conocimientos para todo. Por otra parte, es muy pesado, y se acomoda mal con las necesidades diarias de estas gentes, un nuevo aprendizaje: tampoco se improvisan en el momento empresarios ni capitales para una industria nueva, y esta no prospera sino á fuerza de tiempo, con el cual llegan á tomarla gusto los consumidores.

¿Pero acaso estos motivos son suficientes para detener el progreso que va entrando por grados á las naciones en la carrera de la civilización, y que les proporciona bienestar y abundancia? ¿Sería esto comprender bien los intereses de las clases pobres, de los que más sufren? Y deteniendo los progresos de la industria ¿no se haría un perjuicio y un daño mucho mayores á los mismos cuyas desgracias pretendía remediarse? Supongamos que

se hubiese estorbado en la vecina Francia la introducción de las máquinas y tornos para hilar el algodón; ¿que habría sucedido? que no podrían fabricarse en estas clases de manufacturas mas que hilos y percales toscos, desiguales en su tejido y carísimos; Los extranjeros llevarían una inmensa ventaja, y se recurriría á la prohibición de dichas telas, que es el remedio que generalmente está en moda; pero no pudiendo rescribir el contrabando un beneficio de veinte y cinco ó treinta por ciento entre el precio de dentro y los de fuera, la industria exterior saldría totalmente de este artículo á la Francia, é imposibilitadas las fábricas de aquel país de sostener la concurrencia, no se vendería una vara de percal hecho á mano. ¿Cuál sería entonces la suerte de la clase trabajadora?

El motivo mas poderoso de ilustrar estas cuestiones no es el de deliberar sobre la prohibición ó el uso de las máquinas, sino demostrar y hacer ver los errores y preocupaciones que en este particular existen, con el objeto de que no nos privemos de los beneficios positivos de semejantes instrumentos por temor ó por ignorancia.

El mal pasajero ó momentáneo que causa á los trabajadores la introducción de una máquina, que economiza muchos brazos, le atenúan mil circunstancias.

En primer lugar, las máquinas de esta especie son por lo común complicadas y costosas. Un molino de trigo es un aparato de consideración; una máquina para tundir paños, que reemplaza á los tendidores de mano, cuesta cuarenta ó cincuenta mil reales lo menos; y cualquiera máquina de vapor la mas común y sencilla cuesta todavía mucho mas. Añádase que como necesitan estas y casi todas gran cantidad de materiales para su trabajo, sobre lo crecido del coste, exigen ademas grandes anticipaciones; el número de personas que pueden comprarlas ó usarlas es por consiguiente muy reducido, y la lentitud con que se verifica la introducción es de suyo un remedio para el mal que se preconiza.

En segundo lugar, la resistencia que oponen siempre la rutina y el temor de hacer innovaciones arriesgando un capital muy crecido, hacen que subsistan en gran parte y por mucho tiempo los procedimientos antiguos con preferencia á los nuevos; y así es que la transición en este concepto es lenta y por grados.

En tercer lugar, que á medida que las máquinas se multiplican y que la sociedad se perfecciona, es mucho mas difícil introducir estos procedimientos tan espeditos; en consecuencia ni las máquinas se aumentan al infinito, ni el número de brazos ocupados disminuye á cada instante. Las artes tienen cierto límite que no puede traspasar la fuerza bruta ó ciega de una máquina; por lo tanto hay ocasiones en que es indispensable el auxilio del hombre, y en que ningún otro motor puede reemplazar su inteligencia, su raciocinio y su discurso.

En cuarto lugar, que proporcionalmente hablando, no hay mayor número de artesanos desocupados donde abundan las máquinas que donde escasean. Apenas se conocieron en Inglaterra las máquinas en tiempo de la reina Isabel, y sin embargo fue entonces cuando se creó el arbitrio ó contribución para los pobres, que ha servido para aumentarlos. Las clases trabajadoras que hoy se quejan mas son las de los países donde no se han introducido aun estos miserables y espeditos medios de fabricación, como por ejemplo en Polonia. En la China se hace todo á brazo, y los artesanos se mueren de hambre. Hay ciertos claros, por decirlo así, inevitables en los trabajos mecánicos y en las manufacturas, pero no hay que echar la culpa de ello á las máquinas. Todos cuantos productos in-

dustriales se conocen estan espuestos á grandes riesgos ó inconvenientes, que son resultados de la demanda ó del consumo, cualquiera que sea el modo como se fabriquen. En los países en que todo se hace á brazo falta por cierto el trabajo, pero es para las máquinas no para los hombres.

Aun hay mas. La introducción de las máquinas favorece á los mismos trabajadores cuyo trabajo se cree que suprimen, pues la experiencia acredita con hechos, que el número de los consumidores aumenta en una proporción infinitivamente mayor que la que guarda la disminución de los valores mismos. A veces la baja de una cuarta parte del precio en cualquier género dobla el número de compradores, mayormente cuando el sistema que se emplea en la fabricación es espedito y breve, como sucede con las máquinas; por manera que se consigue hacerlo mejor y mas barato.

Tenemos un buen ejemplo en la prensa de imprimir. Los libros hoy día sobrepujan infinitamente al número de manuscritos que se conocían en lo antiguo, y cuestan mucho menos; y así es que aunque esta máquina tan espedita haga por un lado con un solo operario el trabajo de doscientos copistas, multiplica por otro los libros, y las artes y manufacturas que son consiguientes; á saber: el grabar los punzones, el abrir las matrices, el fundir los caracteres, el fabricar el papel, operaciones que cualquiera que las haya presenciado habra visto el número de personas que en ellas se ocupan. Aumentanse todavía los que abrazan la profesion de autores, de correctores de pruebas, de encuadernadores, libreros, etc., etc., y se verá si esta máquina en vez de privar de trabajo á los artesanos á quien reemplaza, no centuplica el número de personas que en lo antiguo se ocupaban en semejante género de industria.

F. M.



VIAJES.—PORTUGAL.



EL PALACIO DE MAFRA.

S cuatro leguas de la embocadura del Tajo, las montañas del Cintra declinan hacia el Océano; allí se eleva con magestad el suntuoso palacio de Mafra cuyo edificio representa el grabado.

El palacio, el inmenso convento y la iglesia de Mafra fueron construidos en el reinado de Juan V para cumplir el monarca con el voto que había hecho por el nacimiento de un heredero; y los tres edificios debidos al talento de un arquitecto extranjero y hermoseados con pinturas y esculturas ejecutadas por artistas de diferentes naciones forman el mas magnífico monumento de Portugal.

La erección del palacio de Mafra introdujo en aquella nación el arte de tallar y cincelar la piedra con una delicadeza estremada, y proporcionó asimismo el descubrimiento de bellísimos mármoles en la montaña de Cintra y en las carreras de Pero Pinheiro. Piedras de mármol de todos colores y de una rara magnificencia se emplearon en aquellas obras, elaboradas con la misma perfección que si fuesen en madera: siendo de admirar sobre todo las columnas, los capiteles de mármol encarnado y negro que decoran tres de los principales altares.

La nave de la iglesia no corresponde á la idea de grandeza que hacen formar su mesa cuadrada y su frontispicio imponente, imitación aunque imperfecta del de S. Pedro de Roma. En el vestibulo que llaman la Galilea y en varias capillas, se ven colocadas hasta cincuenta y ocho estatuas de mármol de Carrara, algunas de ellas de un trabajo esmerado. El palacio está rodeado de un parque, de jardines, y de un bosque cerrado, reservado para la caza (la tapiada de Mafra), el cual tiene tres leguas portuguesas; cuyo terreno antiguamente cultivado y en el día entregado á los javalies, á los ciervos y á los venados, ha sido usurpado á la agricultura. El rey D. Juan VI de Portugal padre de D. Pedro y de D. Miguel habitó el palacio de Mafra antes de partir para el Brasil: complaciase en aquella residencia verdaderamente la única digna de un soberano en Portugal; había empezado á embellecerla, y se proponia amueblarla con una riqueza igual á la magnificencia de las habitaciones.

El reinado de Juan V (de 1705 á 1750) será eternamente grato á la memoria de los portugueses. Hacía algunos años que Portugal se hallaba en guerra con la Francia: el rey enviando sus plenipotenciarios á Utrecht hizo firmar el tratado que restituyó la paz á ambos reinos. Portugal entonces empezó á gozar de una seguridad completa sin tomar parte en las agitaciones de los demas estados de Europa. Juan V se abstuvo de levantar tropas, y economizó la sangre de sus súbditos: consideren-

do la guerra como un azote horroroso. Mas seducido por el aspecto de grandeza y opulencia que Luis XIV habia impreso á su siglo, animó acaso demasiado las artes superfluas, y concluyó por dar á su trono un falso brillo.

En los últimos años de su vida se vió atacado de una estremada languidez: cedió á España la colonia del Santísimo Sacramento en cambio de algunas poblaciones del Paraguay. Entregado entonces á las prácticas de una devoción minuciosa descuidó los negocios políticos. Constantemente se manifestó riguroso observador de la justicia. Amó las bellas letras, y fundó la Academia real de la Historia de Portugal, ramo de literatura siempre glorioso y brillante en la antigua Lusitania.

Voltaire escribió con su tono burlesco que todas las festividades de Juan V eran procesiones, y todas sus edificaciones monasterios. Mas es un testimonio evidente de esta verdad y sin duda el monarca conocia á fondo las costumbres de su pueblo: sabia que las poblaciones de la península aman las ceremonias: en que brilla el oro y la púrpura, en que el incienso perfuma los aires; y que el portugués lo mismo que el español, gusta de las solemnidades piadosas en que el alma parece elevarse hacia el criador. Por otra parte ¿á quien sino al espíritu religioso debemos los mas santuosos monumentos, las mas nobles magnificencias? La fé sola ha producido objetos grandiosos, y cuando se vé á un pueblo desprenderse de toda creencia, puede asegurarse sin vacilar que marcha hácia su ruina: el abismo se halla abierto ante sus pasos, y en su corazon solo le resta impotencia, disgusto, miseria y desesperacion.

ESTUDIOS MORALES.

EL AMOR.



Entre las pasiones que al hombre asedian ninguna seguramente puede disputar la preferencia á la del amor, porque nuestros primeros padres conocieron ya sus efectos, experimentaron sus rigores, y entraron en averiguaciones que la civilizacion sucesiva hizo mas profundas, aunque sin fruto. De aqui nace que no hay expresion en nuestro idioma que, despues de haber merecido tantos exámenes y definiciones, haya dejado un campo tan vasto para entrar á discuir por ella con la misma libertad que si nada se hubiese edificado sobre los infinitos cimientos sentados por ingenios felices que dejaron correr sus plumas en los momentos en que acaso miraban sus almas víctimas de impresiones violentas.

La corrupcion de las costumbres y el abuso que la sociedad ha hecho hasta de las instituciones de naturaleza, que por traer un origen tan venerable debieron respetarse, son causas en que apoya la mala inteligencia, la sencilla interpretacion dada al amor para envolver en la obscuridad del crimen al sentimiento mas grato de nuestra existencia; al móvil de las acciones del hombre, y al que dispone en fin hasta de sus procederes así en lo político como en lo moral. El verdadero amor nada tiene en sí que no sea puro; y no alcanzamos como en un siglo en que se presume vivir bajo luces mas claras de inteligencia y saber que las que brillaron en otras épocas,

se proscriba por algunos entes ridículos una voz en que fundan la destruccion de las costumbres, y presagian la ruina de sus hijos.

Por amor no solo entendemos la pasion que mueve á los dos sexos inspirando deseos voluptuosos, ni es posible sujetar á tan estrecha órbita una expresion que comprende mayores ideas y es susceptible de una estrema latitud. Llámase amor vulgarmente el torpe deseo, á los lascivos impulsos y á las imágenes lúbricas que asultan á la imaginacion en los diferentes periodos de la vida humana; y bajo la salvaguardia del amor se disfraza la infame y mezquina pasion del interés, la descompuesta ambicion de honores, y hasta los brutales deseos. ¡Con qué energia asegura un jóven haber inspirado el amor á una belleza y rendidola á sus obsequiosas palabras! ¡con qué calor pretende pintar á sus amigos el triunfo debido á su mérito ó cuando menos á su inteligencia! ¡Insensato! ¿y podrá la sociedad oír sin rubor tan vana jactancia? ¿Qué otra cosa presentan muchas de nuestras tertulias, que imbecilidad de vinos y despego á la naturaleza de los otros, codiciosos de hallar la felicidad donde al fin existe su ruina?

Entre la aridez de cumplidos impertinentes ¿puede llamarse amor á la frívola solicitud con que un galan aparenta rendirse á los pies de su señora, sin que seguramente le obligue á ello otra idea que la de un criminal pasatiempo para vanagloriarse despues al mostrar inscrito un nombre mas en el catálogo de sus conquistas? Imposible es contemplar con impasibilidad estas escenas tan repelidas en la sociedad, y que se desprecian cual nimiedades, sin premeditar que llevan envueltas en sí mayor transcendencia que la que aparentan en sus primeros efectos. El amor que nace de la inclinacion entre dos personas de diferente sexo, no es en nuestro sentir un simple afecto motor de deseos que satisfechos extinguirian aquel pasajero ardor, y por consiguiente nos hallamos discordes con los que así opinan.

El amor fué venerado entre los antiguos como una divinidad, porque opinaban que á su abrigo se perfeccionaban las almas ilustres de nacimiento siendo emprendedoras de grandes acciones, y por ello era esencial en los caballeros audaces el servir á una dama á quien como á un ser superior dirigian todos sus sentimientos y dedicaban sus acciones. ¡Ah, si mi dama me viese! decía Florano trepando á los muros en un salto. Sin embargo la juventud inesperta debe prevenirse contra los delirios que ocasiona el amor cuando degenera en frosesi. Su acceso es dulce y risueño: su perspectiva parece la de la felicidad; pero mil amargas se esconden entre sus engañosas caricias y de aguzadas espinas están cubiertas las rosas que el mismo hace nacer. El amor impuro no nos lisonjea sino para tiranizarnos despues cruelmente, de suerte que el filósofo Crates aseguraba que una vez poseido el hombre de esta pasion, solo podía desvanecerla una de tres cosas, el hambre, el tiempo ó el cordel, aunque destinaba á los locos esta última receta.

Hasta aqui hemos tratado del amor que se fomenta entre dos personas espases por su posicion de poderse agardar; pero aun conocemos otra clase de amores que si no tan violentos, tienen asiento en el corazon y se afianzan con profundas raíces.

El amor conyugal nos dá una idea completa de ello, y en los repetidos ejemplares que tenemos de él, se funda este dictámen. Preguntando á Valeria, dama romana y jóven todavía, porque rehusaba recibir un segundo esposo, respondió, *porque el primero no ha muerto sino para los otros, él vive y vivirá siempre para mí.* Prueba de amor conyugal es la que dieron las mujeres

de Winsberg en 1138 en que el duque de Witemberg que se opuso á la eleccion del Emperador Conrado III fué encerrado en aquella ciudad viéndose despues obligado á ceder á la fuerza. El Emperador hizo gracia á las mujeres de que saliesen libres cada una con la carga que mas estimase, y la varonil esposa del Duque aprovechándose de esta ocasion tomó á su marido sobre sus hombros, y lo mismo las demas mujeres á los suyos, enterneciendo tanto á Conrado que los perdonó á todos.

Camma mató con un veneno á Sínorix príncipe de Galacia porque este asesinó á su esposo Sinato. *Erigone* de Macedonia que mató al usurpador del trono Arquelao porque dió muerte á su marido Leaque. *Pantea*, mujer de Abradate rey de Lusiana que se mató viendo muerto á su marido en el campo de Ciró. *Artemisa* que edificó el célebre Mausoleo á su marido Mausolo, tomando en bebida sus cenizas para darle sepultura mas tierna, y otros infinitos ejemplos de heroismo conyugal que pudiéramos citar, á no temer incurrir con la dilacion de este artículo en el desagrado de nuestros lectores.

El amor fraternal ocupa tambien un lugar muy preferente entre nuestras pasiones. ¡Que dulzura no hay en mis pensamientos! decía Valerio Máximo: nosotros hemos sido formados en un mismo seno y recibidos en una misma cuna: nosotros hemos dado á los mismos parientes los dulces nombres de padre y madre; ellos han hecho por nosotros unos mismos votos, y la gloria que tenemos de nuestros antepasados es una misma. Una mujer es querida, los hijos son amables, los amigos apreciados; pero como no conocemos todos estos objetos de nuestra afecion sino durante el curso de nuestra vida, los sentimientos que nos animan por ellos no pueden tener el fondo de los que han nacido con nosotros.

El amor paternal, el amor filial y la amistad nos darán materia para estendernos hasta lo infinito, pudiendo decir mucho de el sincero amor ó afecto sencillo que engendra la amistad, y de la que no puede sustraerse quien tenga ideas. «El hombre enteramente solo, decía el ilustre Canciller Bacon, es aquel que no tiene amigos. El mundo no es para él sino un vasto desierto y un lugar de destierro y tristeza en que habita con los animales errantes.»

Asi entendemos el amor, y así le juzgamos en los diferentes estados y colores con que se nos dá á conocer. Por mas reflexiones contradictorias que pretendamos hacernos, hallamos en él una sublimidad y una grandeza que otros desconocen. Cada cual, segun comun sentir, vé los sucesos del mundo de distinto modo, y en este caso confesamos, que el lente con que le examinamos, es favorable á los principios que defendemos.

A. DE I. Z.

LENORÁ,

(Balada Alemana) (1).



Lenora se levanta al royar el día: está libre de sus tristes sueños: — «Wilhelm! eres infiel, ó no existes? ¿Cuánto tiempo vas á tardar aun?» — Se había ido á la batalla de Praga, si-

guiendo al rey Federico, y desde entonces no habia habido noticias suyas.

El rey y la emperatriz, cansados de sus sangrientas querellas, apaciguándose poco á poco, hicieron al fin la paz; y... clings clang... al son de las trompetas y de los timbales, cada ejército volvió á sus hogares, coronándose de alegres guirnaldas.

Y en todas partes y sin cesar, en los caminos, en los puentes, jóvenes y viejos hormigueaban para ir á su encuentro. — «Loado sea Dios!» exclamaban muchos hijos, muchas esposas. — «En buen hora vengas!» ¡exclamaba mas de una novia. Pero, ay! solo Lenora aguardaba en vano un saludo y un beso.

Ella recorre por todos lados las filas: en todas partes pregunta. De todos cuantos han vuelto, no hay uno que pueda darle noticias de su querido. Helos que ya van lejos; entonces, arrancándose los cabellos se tira al suelo, y se revuelca con delirio.

Su madre acude. «Ah! Dios te ampare! ¿Qué es eso, pobre hija mía?» — y la estrecha entre sus brazos. — «O madre mia! ha muerto! ha muerto! perezca el mundo y todo! Dios no tiene piedad! Infeliz! Infeliz de mí! — Dios nos ayude y nos perdone! Hija mia, implora á nuestro Padre; lo que el hace está bien hecho, y jamás nos niega su socorro — O madre mia! madre mia! os equivocais... Dios me ha abandonado; de que me han servido mis oraciones? de qué me servirán ya?»

— «Dios mio! tened compasion de nosotros! quien conoce el padre sabe tambien que no abandonaré á sus hijos; el Santísimo Sacramento calmará todas tus penas. — O madre mia! madre mia! el fuego que me devora nada hay que pueda apaciguarlo... ningún sacramento puede volver la vida á los muertos.»

— «Escucha, hija mia, quién sabe si el perdido habrá formado otras relaciones con alguna jóven extranjera?... Olvidalo! anda, que no tendrá buen fin! y las llamas del infierno aguardan su muerte.»

— «O madre mia! ó madre mia! muertos están los muertos; lo que está perdido perdido, y la tumba es mi único recurso. Ojala no hubiese nacido nunca! Antorcha de mi vida, apágate, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene piedad... Oh! que desgraciada soy!...»

— «Dios mio! ten piedad de nosotros. No entres en juicio con mi pobre hija: ella no sabe el valor de sus palabras... no se las cuenta por pecados! hija mia, olvida los pesares de la tierra; piensa en Dios y en la felicidad eterna; pues te queda un esposo en el cielo.»

— «O madre mia! qué es la felicidad? Madre mia, qué es el infierno?... La felicidad se halla donde está Wilhelm, y el infierno donde él no está! Apágate, antorcha de mi vida, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene misericordia... Oh! que desgraciada soy!»

Así la fogosa desesperacion despedazaba su corazon y su alma y la hacia insultar la providencia de Dios. Ella se lastimó el pecho, ella se retorció los brazos hasta el ocaso del sol, hasta la hora en que las estrellas doradas resbalan suavemente en la bóveda del firmamento.

Pero que ruido suena por de fuera... Trap! trap! trap!... es lo mismo que el paso de un caballo. Y despues parece que se desmonta un ginete con un rechin de armaduras; sube los escalones... Oid! oid! la campanilla ha silbado dulcemente... King ling gling!... Y al través de la puerta una voz grata habla de esta manera:

«Ola! ola! abreme, hija mia! ¿Velas; niña, ó duermes? Piensas siempre en mí? Nadas en alegría ó en llanto? — Ah! Wilhelm! eres tu, tan tarde por la noche?...»

(1) Esta bellísima balada es una de las mas populares de Alemania. Su autor es Burger, y la célebre madama Stael la cita en su obra sobre la Alemania. La traduccion que ofrecemos á nuestros lectores está hecha directamente del alemán, habiéndose procurado conservar su enérgica sencillez.

velaba y lloraba... ¡Ay! he sufrido cruelmente... De donde vienes en tu caballo?

—No montamos á caballo mas que á media noche y vengo del fondo de la Bohemia: por eso he llegado tan tarde para llevarte conmigo.—Ah! Wilhelm! entra primero aquí, pues oigo silbar al viento en la selva. Entra, querido mío, para que te estreche entre mis brazos.»

—«Deja silbar al viento en la selva, niña: que importa que el viento silbe? El caballo escarba la tierra; las espuelas resuenan: no pueda quedarme aquí. Ven, alma mía, calzate; salta á las ancas de mi caballo: pues restamos que andar cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial...»

—«Ay! como quieres que andemos hoy cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial? La campanada de las once está vibrando todavía.—Mira, mira como brilla la luna... Nosotros y los nuestros vamos de prisa: apuesto á que te llevo hoy mismo á mi habitación.»

—Dime pues donde está tu habitación, y como es tu cama de novio.—Lejos, muy lejos de aquí... Silenciosa, húmeda y estrecha, seis tablas y dos tablillas.—Hay sitio en ella para mí?—Para nosotros dos. Ven, alma mía, sube á las ancas; el festín de la boda está preparado, y los convidados nos esperan.»

La muchacha se calza, toma vuelo y salta á las ancas del caballo: cruza sus manos de azucenas al rededor del jinete que avanza; y luego adelante... Hop! hop! hop! así resuena el galope... Apenas respiraban caballo y jinete y bajo sus pasos chispeaban los guijarros.

O ¡cómo á la derecha á la izquierda volaban á su paso los prados, los bosques, y los campos ¡como resonaban los puentes debajo de ellos! «¿tiene miedo mi niña? brilla la luna...—Hurra! los muertos van de prisa. Tiene miedo de los muertos?—No, pero deja á los muertos en paz!»

«Que significa allá abajo ese ruido y esos cantos ¿á donde vuelan esas bandadas de cuervos? Escucha... es el ruido de una campana: son los cantos de los funerales.—Tenemos un muerto que enterrar.»—Y la turba se acerca con acompañamiento de cantos que semejan los roncacos de los habitantes de las lagunas.

«Después de media noche sepultareis ese cadáver con todo vuestro concierto de quejas y cánticos siniestros: yo llevo á mi esposa, y os convido al festín de la boda. Ven, Sorchantre; adelántate con el coro, y entona el himno del matrimonio. Ven, sacerdote ¡nos echarás la bendición para echarnos después en el lecho nupcial.»

Han cesado cánticos y quejas... el ataúd ha desaparecido: sensible á su muerte, ved ahí á la turba que les sigue... Hurra! hurra! aprieta los hijares del caballo, y después adelante... ¡Hop! hop! hop! así resuena el galope... Apenas respiraban caballo y jinete, y bajo sus pasos los guijarros chispeaban.

O ¡cómo á la derecha, á la izquierda volaban, á su paso, los prados, los bosques, y los campos ¡y como á la izquierda, á la derecha volaban las aldeas, las villas y las ciudades! «¿tiene miedo mi niña? brilla la luna... Hurra! los muertos van de prisa. Tiene miedo de los muertos?...—Ah! deja á los muertos en paz.»

—«Mira ¡mira! ¿ves agitarse al lado de esas horcas, aéreos fantasmas que platea y hace visibles la luna? Bailan en torno de la rueda. Ea, ¡picaros, acercaos! cuidado con que se me siga y se baile la contradanza de la boda... Vamos al lecho nupcial.»

Husch! husch! husch!... toda la cuadrilla se lanza tras ellos con el ruido del viento entre las hojas secas; y luego adelante... Hop! hop! hop! así resuena el galope.

Apenas respiraban caballo y jinete, y bajo su paso los guijarros chispeaban.

O ¡cómo volaba, cómo volaba á lo lejos todo lo que alumbraba la luna al rededor de ellos!... Cómo habían el cielo y las estrellas sobre sus cabezas! «Tiene miedo mi niña? brilla la luna...—Hurra! los muertos van de prisa.—Oh! Dios mío! deja á los muertos en paz!»

—«Animo, negro caballo mío, creo que cauta el gallo: pronto estará pasado el arena!... Siento el aire de la mañana. Caballo mío, apresúrate... Concluida está nuestra carrera, el lecho nupcial está á punto de abrirse; los muertos van de prisa... Henos ya aquí!»

Lánzase á rienda suelta contra una reja de hierro, toca ligeramente con la fusta... Los cerrojos se quietan, y las hojas se apartan gimiendo. El ímpetu del caballo lo lleva entre tumbas que aparecen por todos lados al resplandor de la luna.

Ah! mirad! en el mismo instante tiene lugar un prodigio espantoso: el manto del jinete cae pedazo por pedazo como yesca quemada: su cabeza no es ya mas que una descarnada calavera, y su cuerpo se convierte en un pávido esqueleto que tiene una guadaña y un reloj de arena.

El caballo negro se planta furioso, vomita centellas, y de repente... ay! se sepulta y desaparece en lo profundo de la tierra; bajan ahullidos de los espacios del aire; levántanse gemidos de las tumbas subterráneas... Y el corazón de Lenora palpita de la vida á la muerte.

Y los espíritus, á la claridad de la luna se formaron en rueda á su alrededor, y bailaron cantando así: «Paciencia, paciencia! aun cuando la pena destroze tu corazón no blasfemes nunca al Dios del cielo! Libre está ya tu cuerpo: ¡Conceda Dios el perdón á tu alma!»

A. C.

ADVERTENCIA.

Por falta de espacio en el número anterior no añadimos al estado final de año de la caja de abonos, que en los cuatro meses desde principios de setiembre en que dimos el último, han asistido á auxiliar á los individuos de la junta directiva en los trabajos dominicales de la caja las personas siguientes.

Don José Segundo Ruiz.—D. José de Cafranga.—D. Manuel Gonzalez Allende.—D. José Antonio Pozos.—D. Nicolás Contreras y Lopez.—D. Joaquín Francisco Pacheco.—D. José Eugenio Eguizabal.—D. Manuel de Zarzaga.—D. Ignacio Perez Moltó.—Don Francisco Santander.—D. Andrés Caballero.—D. Santiago Tornamira.—D. Vicente Quadrupani.—D. José Eustaquio Moreno.—D. Manuel Taranco.—D. Pedro Pidal.—El Conde de Vigo.—El Marqués de Montesa.—D. José Isla Fernandez.—D. Luis de San Clemente.—D. Francisco de Sales Mayo.—D. José María Mounreal.—D. Antonio Campesino.—D. Basilio Castellanos.—D. Antonio Felipe Gonzalez.—D. José Ciudad.—D. Felix Sanchez Marin.—Don Pedro Sabater.—D. Ramon de la Sagra.—D. Sebastian de Torre.—D. Enrique de Vedia.—D. Manuel Bárbara.—D. Ramon Soriano y Pelayo.—D. Tomás María Zanon.—D. Rodrigo de Aranzano.—D. Joaquín Francisco Campuzano.—D. Ignacio Ortega.—D. Joaquín de la Roca.—D. Francisco Antonio Pando.—D. Baré Marqués de la Roca.—D. Francisco de la Presilla.—D. José Garsy.—D. Manuel Santamarca.—D. Francisco de la Presilla.—D. José Garsy.—D. Antonio Quidovilla.—D. José Agapito Real Rodriguez.—Don Don Antonio Pastor.—D. Juan Albisna.—El Conde de Santa Coloma.—D. Genaro Perez Villamil.—El Conde de Valmediano.—D. Juan Sala.—D. Vicente Pereda.—D. Juan Vela.—D. Genaro Sanz.—Don Ignacio Juez Sarmiento.—D. Juan Sevillano.—D. Fernando Fernandez Casariego.—D. José Argüelles.—D. Benito Serrano y Aliaga.